



ISBN:

DEPÓSITO LEGAL:

Ninguna parte de esta publicación, incluido diseño de la cubierta puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia sin permiso previo y por escrito del editor.

Premio de Historia
Órdenes Españolas

Memoria Tercera Edición



Presentación

**S.A.R. D. Pedro de Borbón Dos Sicilias y de Orleans,
Duque de Calabria**

**Presidente del Consejo de las órdenes de Santiago,
Calatrava, Alcántara y Montesa**



ME enorgullece y llena de satisfacción poder presentar ahora la Memoria del Premio de Historia Órdenes Españolas que, en su tercera edición, se ha concedido al profesor Don Enrique Krauze, un gran historiador mexicano y gloria de la cultura hispanoamericana. A lo largo de su extensa y variada obra destacan el valor del conocimiento del pasado, la primacía de los principios, la importancia de las personas en el devenir histórico y la denuncia de la ignorancia y lo irracional.

En estos días y meses tan complicados que nos ha tocado sufrir por una epidemia que ha azotado a toda la humanidad, el Premio de Historia de la Órdenes Españolas ha sabido capear el violento temporal y, prorrogando en el tiempo el ciclo de su tercera edición, ha conseguido rematarlo con éxito, y con su proyección internacional presentar al mundo de las ideas una imagen actual y renovada de las antiquísimas órdenes de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa. No sobra indicar que el Premio ha mantenido correspondencia con más de 100 universidades e instituciones de todo el mundo, de las cuales 31 han presentado candidaturas, respondiendo con su interés al estímulo del único premio que, en todo el mundo, distingue la ciencia histórica.



PREMIO ÓRdenes ESPAÑOLAS

La constante presencia del Rey de España en la entrega del Premio de Historia Órdenes Españolas no solamente lo realza, también demuestra la importancia que para la Corona constituye el conocimiento del pasado como advertencia y guía del futuro, una vez más nuestro agradecimiento a Su Majestad. Agradecimiento que extendemos a los miembros de la Real Academia de la Historia que aportan el peso de su sabiduría, al Patrimonio Nacional, siempre dispuesto a ofrecer su apoyo y de modo muy especial a los patrocinadores y colaboradores Fundación Talgo, Fundación Ramón Areces, Ibervalles y D^a Micaela Valdés Ozores, quienes con enorme generosidad hacen posible su desarrollo y al que aportan entusiasmo y compromiso comunicando al jurado experiencia y justo criterio. Un año más, la Casa de la Moneda ha sido fundamental en el diseño y acuñación de las medallas legitimándolas con el sello de la ceca de Madrid, también nuestro reconocimiento a esa institución. Termino con un recuerdo hondo y sentido a todos los caballeros de las cuatro órdenes por su entusiasmo siempre presente.

Desde la tribuna de esta memoria del III Premio de Historia Órdenes Españolas y como Su Majestad el Rey Felipe VI declaró abierta la IV convocatoria, animo a las instituciones a presentar unos candidatos de la misma valía que en el pasado, al jurado a que muestre idéntica equidad y a las Órdenes que sigan con su apoyo para una nueva y exitosa edición de un premio que es único.

Leonor de Zubión



Objetivos del Premio

“**E**L objeto del Premio Órdenes Españolas es distinguir al investigador de Historia, de cualquier parte del mundo, cuyo trabajo de investigación histórica haya alcanzado general reconocimiento por la importancia de sus estudios, el rigor de su documentación y el alcance de sus conclusiones y que alguna parte de su obra esté relacionada con lo hispánico y su proyección en el mundo”. (Artículo I del reglamento)

Las Órdenes Españolas de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa, cuyo trabajo al servicio de la cultura española es uno de sus rasgos distintivos, instituyeron este Premio en el año 2017, con el empeño de crear el galardón referente de la ciencia de la historia, tanto en el ámbito académico como en el de la sociedad de dentro y fuera de España.

En el Premio concurren cuatro atributos que lo convierten en un reconocimiento único, y que transmiten la excelencia con la que ha sido concebido: el carácter internacional; distinguir toda una trayectoria investigadora; la altura científica de las entidades que proponen los candidatos (universidades con departamento de Historia, academias e instituciones que cumplen el mismo cometido); y la dotación económica de 60.000 €.





PREMIO ÓRDENES ESPAÑOLAS

Colaboradores

LA III Edición del Premio ha contado con el inestimable apoyo de cuatro relevantes patrocinadores o colaboradores que han manifestado su compromiso para fomentar la investigación veraz y rigurosa del tiempo pasado, aportando cada uno la cantidad de 25.000 €.



La compañía TALGO, pionera en España en el desarrollo de nuevas técnicas para el transporte, puso en marcha su Fundación con la voluntad de ser un referente en innovación tecnológica y en apoyo a la formación humana y la investigación. Esta institución, independiente y sin ánimo de lucro, cree firmemente que la Historia es maestra de la sociedad en todos los ámbitos, por lo que asumió con entusiasmo el patronazgo de este Premio. Representa a la Fundación su Presidente Ilmo. Sr. D. Carlos de Palacio Oriol.



La Fundación Ramón Areces es una de las fundaciones más reconocidas en la difusión y el intercambio del conocimiento científico como vías de contribución a la búsqueda de soluciones a las necesidades de la sociedad actual. Desea, entre sus objetivos, fomentar la investigación científica, contribuir a la generación de capital humano y difundir el conocimiento siendo el Premio de Historia una de sus iniciativas en este campo.



FUNDACIÓN
RAMÓN ARECES



El Grupo Ibervalles es uno de los principales colaboradores del Premio de Historia como parte de su labor de desarrollo cultural en ámbitos determinados. Además, junto a esta iniciativa el Grupo colabora en la campaña solidaria de la Empresa Familiar de Castilla y León (EFCL) para ayudar a los Bancos de Alimentos de la región a atender las necesidades de las familias afectadas por la crisis del Covid-19. Representa a Ibervalles su Presidente Don José Miguel Isidro.

MEMORIA TERCERA EDICIÓN



Dña Micaela Valdes Ozores, Doctora en Historia por la Universidad Complutense, y académica correspondiente de la Academia de la Historia, es además autora de los libros “Cayetano Valdés” y “Don Antonio Valdés, un gobierno eficaz”. También es Censora de la Junta Directiva de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País. Generosamente, D^a Micaela, ha querido participar en un Premio que es galardón de los que viven para la investigación histórica.





PREMIO ÓRDENES ESPAÑOLAS

Miembros del Jurado

EL jurado está compuesto por relevantes personalidades cuyo riguroso trabajo garantiza el éxito de este Premio. Lo forman representantes de la Real Academia de la Historia y la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, así como por destacadas figuras del mundo cultural y empresarial español. Al jurado de este año se ha incorporado el Excmo. Sr. D. Miguel Ángel Ladero Quesada, galardonado con el premio de la edición anterior.



Son los siguientes:

- S.A.R. Don Pedro de Borbón Dos Sicilias, duque de Calabria y Presidente del Real Consejo de las Órdenes, como Presidente.
- Carlos de Palacio Oriol, Presidente de la Fundación Talgo, Colaborador.
- Raimundo Pérez Hernández, Director de la Fundación Ramón Areces, Colaborador.



- Miguel Ángel Isidro, Presidente de Ibervalles, Colaborador.
- Dña. Micaela Valdés y Ozores, Correspondiente de la Real Academia de la Historia. Colaboradora.
- María de los Llanos Castellanos, Presidenta de Patrimonio Nacional.
- Carmen Iglesias Cano, condesa de Gisbert, Directora de la Real Academia de la Historia.
- Feliciano Barrios Pintado, Secretario de la Real Academia de la Historia.
- Hugo O'Donnell Duque de Estrada, duque de Tetuán, Censor de la Real Academia de la Historia.
- Luis Antonio Ribot García, Académico de la Real Academia de la Historia.
- Marcelino Oreja Aguirre, marqués de Oreja, Académico de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.
- Íñigo Moreno de Arteaga, marqués de Laserna, Correspondiente de la Real Academia de la Historia.
- Manuel Gullón de Oñate, conde de Tropa, Gentilhombre de Su Santidad.
- Miguel Ángel Ladero Quesada, ganador de la segunda edición del Premio de Historia Ordenes Españolas
- Álvaro Mariátegui Valdés, Secretario del Premio de Historia Ordenes Españolas.
- Íñigo de Churruca Bonilla, Tesorero del Premio de Historia Ordenes Españolas.

Apoyo del Patrimonio del Estado y la Real Casa de la Moneda

HAY que resaltar la colaboración, como en años anteriores, ha ofrecido siempre el Patrimonio Nacional poniendo a disposición del Premio de Historia Ordenes Españolas, las espléndidas Salas Capitulares del Monasterio de El Escorial para la entrega del galardón, dotando al acto de un marco extraordinario y de un altísimo valor artístico.

La generosa participación de la Real Casa de la Moneda ha sido también fundamental en el diseño y elaboración de la medalla conmemorativa y en el diploma al historiador premiado.



PREMIO ÓRDENES ESPAÑOLAS

Reuniones del Jurado

EL Jurado ha continuado trabajando en todas las áreas relevantes del Premio celebrando sus reuniones en el salón del Príncipe del Palacio Real de Madrid y la Sala Oriental del Palacio de Santoña de Madrid.

Con el objetivo de que el Premio se convierta en el galardón reconocido de la ciencia histórica en el ámbito académico y en la sociedad tanto dentro como fuera de España, el jurado ha participado activamente en la definición de las estrategias de comunicación y difusión, perfiles idóneos para candidatos a un Premio de esta categoría y planificación de todos los hitos relevantes de la tercera edición





Las reuniones del Jurado que estaban previstas para los meses de abril y mayo de 2020, tuvieron que retrasarse por las restricciones derivadas del Virus Covid-19. La última reunión tuvo lugar el martes 6 de abril de 2021 para proceder a las votaciones del Jurado, concediendo el Premio de Historia Órdenes Españolas en su tercera edición al Excmo. Sr. D. Enrique Krauze, cuya candidatura fue presentado por la Universidad Nacional Autónoma de México. La distinción se otorga en atención a su exhaustivo trabajo de investigación histórica sobre la historia mejicana, como nación, desde una amplia perspectiva que acoge tanto a sus actores como a las instituciones. El jurado del Premio ha valorado especialmente que, basándose en la investigación, ofrece una visión independiente de la historia mejicana donde se conjugan los elementos indígenas con la cultura cristiana recibida de Europa.



Candidatos y Universidades

LA convocatoria nacional e internacional de esta tercera edición del Premio Órdenes Españolas para la presentación de candidaturas se abrió el 8 de octubre de 2019, cerrándose el 28 de Febrero del 2020. La Pandemia derivada del Virus Covid-19 a prolongarse esta III edición, adaptándose a la nueva situación.

El número de universidades e instituciones que han mostrado interés ha vuelto a crecer de nuevo. Además de la elevada cifra procedente de la edición anterior, han presentado candidatos otras instituciones de Europa, USA y Latinoamérica.

El número de candidatos en esta tercera edición ha sido de 31, todos de extraordinaria altura intelectual y de talla mundial.



PREMIO ÓRDENES ESPAÑOLAS

Comunicación

LA difusión de la III Edición del Premio Órdenes Españolas ha sido muy amplia y relevante, ha recibido una gran acogida en los medios de comunicación, tanto en España como en Latinoamérica, no sólo por el número de noticias publicadas —más de 240—, sino por el contenido de las mismas, que se ha referido al creciente prestigio del premio y su carácter internacional.

En este sentido, cabe resaltar que medios de gran notoriedad, como la agencia EFE —en España y Latinoamérica—, Europa Press, El País, El Mundo, ABC o El Confidencial se han hecho eco en diferentes ocasiones de la evolución de la III Edición, bien a través de sus noticias, o de entrevistas como la realizada al ganador de este año.

Una de las actividades destacadas en el marco de la III Edición es la publicación del libro “La historia en tiempos de pandemia”, iniciativa del Premio de Historia Órdenes Españolas en colaboración con la Fundación Villacisneros, que recoge una serie de entrevistas a historiadores muy cualificados para explicar lo que han sido las epidemias a lo largo de los siglos.

Es de destacar el aumento en el número de seguidores en la cuenta de TW del Premio, en su grandísima mayoría aplaudiendo la concesión del galardón a Enrique Krauze.





Ceremonia de entrega del Premio en el Monasterio de El Escorial

LA ceremonia de entrega del Premio Órdenes tuvo lugar el 7 de julio del 2021 en las Salas Capitulares del Monasterio de El Escorial, bajo la presidencia de Su Majestad el Rey Don Felipe VI, a quien acompañaba el Ministro de Justicia como Ministro de semana, Excmo. Sr. Don Juan Carlos Moreno.

Su Majestad fue recibido por el presidente del Real Consejo de las Órdenes y por la presidenta de Patrimonio Nacional y, a continuación, saludó a las autoridades presentes, a los miembros del Real Consejo de las Órdenes, a los miembros del Jurado del Premio de Historia Órdenes Españolas y al historiador galardonado en esta edición, Excmo. Sr. D. Enrique Krauze.





PREMIO ÓRdenes ESPAÑOLAS

Una vez inaugurado el acto por Su Majestad el Rey, el Presidente del Real Consejo de las Órdenes S.A.R. D. Pedro de Borbón Dos Sicilias y Orleans, realizó la introducción institucional resaltando la importancia del Premio para las Órdenes como parte de su extensa labor cultural. A continuación, el Secretario del Premio D. Álvaro Mariátegui leyó el acta del Jurado y Dña. Carmen Iglesias realizó la laudatio resaltando el compromiso de Enrique Krauze con la educación y la importancia de una alta divulgación de la ciencia, del pensamiento crítico, de la historia común, de esa “verdad de los hechos”.

S.M. El Rey entregó el Premio a D. Enrique Krauze y le concedió la palabra, que dirigió a los presentes un discurso de agradecimiento por el premio recordando el quinto centenario de la conquista de México y lo que supuso esa fecha de 1521 para el mundo.

Finalmente, Su Majestad el Rey levantó la sesión con muy sentidas palabras y convocó la IV Edición del Premio.

Al acto asistieron numerosas responsabilidades: autoridades, miembros de las Reales Academias de Universidades del mundo empresarial y de la cultura, caballeros de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa, cuerpo diplomático y entidades culturales españolas.

En los claustros del monasterio, Su Majestad y don Enrique Krauze departieron con los asistentes en un grato ambiente.





Acta del Jurado

**Ilmo. Sr. D. Álvaro Mariátegui y Valdés,
Secretario del Premio Órdenes Españolas**

“**M**AJESTAD,

Resumen del acta de la reunión del jurado del premio Órdenes Españolas, reunido en el salón Oriental del Palacio de Santoña el 6 de abril del 2021, bajo la Presidencia de S.A.R. D. Pedro de Borbón Dos Sicilias y de Orleans, Presidente del Real Consejo de las Órdenes de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa.

Abierta la sesión, se procede a las votaciones cuyo resultado es la concesión del galardón Premio de Historia Órdenes Españolas en su tercera edición al Excmo. Sr. D. Enrique Krauze, presentado por la Universidad Nacional Autónoma de México, en atención a su relevante trabajo de investigación histórica, que en una gran parte está relacionada con lo hispánico y su proyección en el mundo, el rigor demostrado en la documentación y la importancia de sus conclusiones.

Se acuerda comunicar a Su Majestad el Rey (q.D.g.), Gran Maestre de las Órdenes de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa, la decisión del Jurado del Premio Órdenes Españolas y se cierra la sesión a las 18:00 horas de la fecha arriba indicada.





PREMIO ÓRdenes ESPAÑOLAS

Discurso de Introducción

**S.A.R. Don Pedro de Borbón Dos Sicilias y Orleans,
Duque de Calabria**



“MAJESTAD,

Señor,
Ministro de Justicia,
Directora de la Real Academia de la Historia,
Premiado, Don Enrique Krauze,
Autoridades
Caballeros
Señoras y Señores,

Quiero comenzar mi intervención con unas sentidas palabras de agradecimiento a Su Majestad el Rey, Gran Maestre de las Órdenes Militares Españolas, por honrarnos con Su presidencia en este acto de entrega de la tercera edición del Premio Órdenes Españolas.

Gracias, Señor, por estar hoy aquí con todos nosotros; pero, sobre todo, gracias Majestad por Vuestro compromiso constante con España y con los españoles. Os expreso este sentimiento de gratitud en nombre de todos los miembros de las Órdenes, y como ciudadanos que somos de nuestro Estado Social y Democrático de Derecho, cuya Jefatura asumís con patriotismo y rigor, siempre guiado por nuestra Constitución.



El Real Consejo de las Órdenes Militares Españolas, las históricas Órdenes de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa, recoge una tradición española casi milenaria, es la Institución encargada de la gestión y el funcionamiento de las Órdenes en todas sus dimensiones actuales.

Un alto objetivo que se podría resumir en la custodia y conservación de un patrimonio intangible extraordinario; en la promoción y el conocimiento de nuestra historia y la del entero Mundo Hispánico, así como en la aplicación efectiva de ese espíritu solidario que nos inspira y que es seña de identidad de la Nación española.

El Real Consejo lleva a cabo su misión con una renovada vocación de servicio a España, a la Corona y a los españoles, siguiendo, Majestad, las directrices que siempre nos habéis indicado.

Como entidad con un primordial espíritu solidario, y sensible siempre a los más vulnerables y desfavorecidos, quiero en esta oportunidad y en nombre de las Órdenes, recordar a todas las víctimas de la pandemia, rendirles el merecido homenaje y transmitir a sus familias nuestras más sentidas condolencias.

Durante este año y medio tan difícil para nuestra sociedad, las Órdenes Militares Españolas han desarrollado un importante y comprometido programa de actividades de ayuda. Deseo destacar la labor asistencial realizada, durante los momentos más duros de la pandemia, en el Real Hospital de Santiago de Cuenca, así como las fructíferas colaboraciones, entre otras, con Cruz Roja Española y Cáritas.

Pero hoy nos convoca, Majestad, la tercera edición del Premio Órdenes Españolas. Con este galardón queremos demostrar de un modo fehaciente, nuestro firme compromiso con la verdad y con el pasado distinguiendo los méritos de los historiadores más sólidos y rigurosos.

En la primera edición, fue reconocido el gran hispanista británico Sir John Elliott, que desde el ámbito académico anglosajón ha sabido aportar luz y objetividad sobre la historia hispánica divulgada en dicho entorno.



PREMIO ÓRdenes ESPAÑOLAS

En la segunda edición, el premiado fue el profesor Miguel Ángel Ladero, gran medievalista español que ha contribuido de un modo fundamental al conocimiento de un periodo clave de nuestra Historia.

En la actual edición, la tercera, reconocemos a Don Enrique Krauze, gran intelectual iberoamericano comprometido con los problemas de nuestro tiempo desde el conocimiento firme y claro de las raíces de los países de nuestra Comunidad histórica. En este sentido, deseamos se tenga siempre presente el espíritu renovador y actual de las Órdenes que, a buen seguro, se seguirá materializando en futuras ediciones.

Majestad,
Autoridades, Caballeros.
Queridos amigos,

Antes de terminar, quiero expresar también mi agradecimiento a personas e Instituciones esenciales en esta ceremonia: a Doña Carmen Iglesias, Condesa de Gisbert, le agradecemos de antemano la laudatio del premiado, así como su siempre dinámica y acertada dirección de la Real Academia de la Historia, cuyo patronazgo ejerce V. M. conforme al artículo 62 de nuestra Constitución.

A los miembros de las Órdenes Militares, cuya asistencia física a esta ceremonia no ha sido posible por razones sanitarias, les hago llegar mi saludo y mi reconocimiento más afectuoso, porque ellos son protagonistas y actores de nuestras Órdenes, que se reavivan cada día.

Y, por supuesto, a Patrimonio Nacional, representado hoy aquí por su Presidenta, Doña María de los Llanos Castellanos, por todo su apoyo para la realización de este solemne acto en el Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial. Un monasterio que es, no sólo una excelsa obra arquitectónica y artística que siempre ha asombrado al mundo, sino también un símbolo mayor de nuestra Historia.

Majestad, muchas gracias.
Muchas gracias a todos.



Laudatio

Excma. Sra. Dña. Carmen Iglesias

SEÑOR,

Quisiera en primer lugar manifestaros nuestro agradecimiento por el alto honor de presidir, en este importante marco histórico de El Escorial, la entrega del premio del Real Consejo de Órdenes Españolas en esta tercera edición, concedido a D. Enrique Krauze. Es una vez más muestra del compromiso de V.M. con la Historia y su conocimiento riguroso y veraz; sabéis bien que, sin conocimiento del pasado, no sabemos quiénes somos, no podemos entender nuestro presente, ni tener alguna guía para el futuro. E igualmente es expresión de Vuestro compromiso histórico y constitucional con nuestra gran comunidad histórica de IBEROAMÉRICA, a la que pertenecemos a uno y otro lado del Atlántico con nuestra historia común de varios siglos.

Muchas gracias, Majestad.





PREMIO ÓRdenes ESPAÑOLAS

MINISTRO de Justicia, Presidente del Real Consejo de Órdenes Españolas, Miembros del Jurado, querido Enrique Krauze, Autoridades, señoras y señores:

Es un honor y una alegría hacer la laudatio de nuestro premiado en este año 2021. Este Premio de Historia Órdenes Españolas, es en este momento el más importante premio hispano en la especialidad historiográfica; es un galardón internacional promovido por las Órdenes de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa, todas ellas de tan larga y profunda historia. Creo que hay que agradecer al Consejo y Fundación de Órdenes Españolas y a su Presidente, Don Pedro, esta importante iniciativa que sitúa la Historia en un alto nivel de visibilidad y, según sus propias normas destacan a los investigadores que han alcanzado “un general reconocimiento por la importancia de sus estudios, el rigor de su documentación... y que alguna parte de su obra esté relacionada con lo hispánico y su proyección en el mundo”. Krauze reúne modélicamente esta exigida excelencia en todas las áreas de sus trabajos,

La mayoría de ustedes conocen bien su impecable y brillante trayectoria académica y profesional. Historiador, ensayista, editor, traductor, Enrique Krauze es un historiador profesional por vocación y un pensador polifacético que abarca un arco cultural y de comunicación de una gran riqueza, como veremos, combinando sabiamente el rigor metodológico en todos sus trabajos con la buena escritura. Su curriculum es casi interminable y forzosamente tengo o debo limitarme a unas pinceladas descriptivas y significativas de su gran obra y una reflexión y síntesis sobre algunos de sus núcleos de su oficio de historiador.

Enrique Krauze es miembro del prestigioso Colegio Nacional de México y miembro de la Academia Mexicana de la Historia desde hace treinta años y, por tanto, también Académico Correspondiente de nuestra Real Academia de la Historia. Es asimismo Ingeniero Industrial por la UNAM desde 1969, pero su vocación por las Humanidades le llevó al Colegio de México en el que se doctoró en Historia en 1974. Ha sido profesor en Oxford y en Princeton, entre otras universidades nacionales e internacionales. Vinculado profesional y vivencialmente con Octavio Paz fue secretario de redacción y subdirector de la imprescindible revista *Vuelta*, uno de los pivotes de la defensa de la libertad,



de la democracia, de la razón y de los ciudadanos en nuestra cultura hispánica, a uno y otro lado del Atlántico, desde aquellos años setenta hasta finales del siglo XX.

(Para algunos de nosotros, estudiantes de finales de los sesenta y luego profesores jóvenes en los setenta, la lectura de Octavio Paz fue muy importante y decisiva. Aparte de su maravillosa poesía o de esa magnífica e inolvidable biografía de Sor Juana Inés de la Cruz, los ensayos que nos iban llegando a través de ediciones como *Corriente alterna* o *Tiempo nublado* o sueltos de artículos fotocopiados, entraba un aire fresco frente a los relatos marxizantes o similares. Para los que en quinto curso habíamos elegido la especialización en Estudios Iberoamericanos, Paz y los escritos de Robert Morse, Silvio Zavala, y otros maestros mexicanos fueron como digo un decisivo referente).

Enrique Krauze fue también fundador y director de la editorial Clío a principios de los noventa. Y muy especialmente fundador y director de la revista *Letras Libres*, desde 1999, con ediciones en México, en España y, por supuesto, en Internet. Para muchos de nosotros, esta revista es un referente actual y principal en todos los órdenes del pensamiento, de la ciencia, de la historia, de nuestros problemas contemporáneos y de los retos y dificultades de nuestros países. Cada mes esperamos con gozo intelectual la revista en la que, además, Enrique ha logrado reunir a unos equipos de jóvenes verdaderamente sobresalientes.

Para mí además tiene un sentido especial y emotivo, al llegarme, desde el primer número como regalo personal de una suscripción anual, de la mano de otro gran amigo mexicano-español querido y admirado por todos: Plácido Arango, siempre presente en nuestras vidas y nuestro recuerdo.

Esta actividad editorial y en todos los medios posibles, nacionales e internacionales, está ligada al compromiso de Krauze con la educación y la importancia de una alta divulgación de la ciencia, del pensamiento crítico, de la historia común, de esa “verdad de los hechos” que Hanna Arendt ya reivindicaba como necesaria para la supervivencia de nuestras sociedades (“Cuando la verdad de los hechos son sustituidas por opiniones o mentiras, hay que echarse a correr”, y así lo hizo ella huyendo de la Alemania nazi), esa preocupación de Krauze —decía— le lleva no solo a la investigación y escritura de sus



PREMIO ÓRDENES ESPAÑOLAS

importantes libros y ensayos y artículos, y a su labor de editor de libros y de las revistas mencionadas, sino que, como gran testigo y perceptor de su tiempo, no se le escapa el papel central de la imagen en nuestros días. Y así, en su faceta de editor con el expresivo sello de CLÍO ha publicado, desde 1998, cerca de 250 volúmenes sobre historia, arte y cultura y, como productor ejecutivo más de 400 documentales sobre historia de Iberoamérica y de nuestro entorno hispánico. Desde 1985, publica artículos y ensayos en *The New York Review of Books*, *The New Republic*, *The New York Times* y, por supuesto, y desde siempre, en los más importantes periódicos mexicanos y de toda Iberoamérica y asimismo en los principales españoles.

Intentar hacer la relación de sus libros y ensayos históricos, traducidos a varias lenguas, nos llevaría demasiado tiempo ahora, pero no puedo dejar de mencionar algunos muy señalados, desde 1976 hasta ahora mismo (ya sus títulos son muy expresivos de sus contenidos):

Caudillos culturales en la Revolución Mexicana (1976), *Daniel Cosío Villegas: una biografía intelectual* (1980); *Por una democracia sin adjetivos* (1986); *Biografía del poder* (1987); *Siglo de Caudillos* (1994); *La presidencia imperial* (1997); *Mexicanos eminentes* (1999); *Travesía liberal* (2003); *La presencia del pasado* (2005); *El poder y el delirio* (2008); *De héroes y mitos* (2010); *Redentores: Ideas y poder en América Latina* (2011); *Octavio Paz. El poeta y la Revolución* (2014); *El nacimiento de las instituciones* (2015); *Personas e ideas. Conversaciones sobre Historia y Literatura* (2015); *México: biografía del poder* (2017); y uno de los últimos, en cuya presentación en la Casa de América tuve el honor de participar —junto con Jon Juaristi y su autor—, *El pueblo soy yo* (2018).

Un estudio ejemplar y apasionante sobre el populismo en la historia y en la actualidad, desde la demagogia que destruyó la democracia ateniense con Alcibíades o el populismo en Roma (con ese personaje de Coriolano, recogido por Shakespeare de Plutarco y dramatizado de forma inolvidable (recuerden ustedes que no arrasa Roma por las súplicas de su madre, fundamentalmente, pero se niega a excitar al populacho de Roma mostrándoles sus heridas de guerra para conseguir sus votos, rechazando la demagogia emocional y el victimismo manipulador que ello significaba). Enrique Krauze le



propone en su bello texto como “arquetipo del líder antipopulista de nuestro tiempo”. Recomiendo siempre su lectura en mis seminarios.

Esta impresionante obra, traducida —como mencioné— buena parte de ella, a varios idiomas (inglés en su mayoría, y también al polaco, japonés, portugués y chino), editada en las mejores editoriales hispanas y extranjeras, se ha agrupado por temas en varios volúmenes: *Caras de la Historia* I y II, conteniendo especialmente las biografías en dos volúmenes; *Biblioteca Histórica Enrique Krauze*, en seis volúmenes; obras ensayísticas agrupadas en tres volúmenes, con títulos tan expresivos como “*Del desencanto al mesianismo*” y otros. Como han podido observar en la mención de los títulos de algunos de sus principales libros, su rigurosa tarea de difusión de la historia es extraordinaria y es sin duda una de las personalidades más conocida del ámbito intelectual hispano. De la riqueza poliédrica de su pensamiento y obra histórica, querría destacar —sintetizando a la fuerza— tres o cuatro referentes fundamentales que caracterizan sus escritos:

El valor de la Historia: evidentemente, una historia compleja y absolutamente necesaria como núcleo central para la difusión de una cultura cívica, indispensable para la convivencia política y social de los humanos. En esa Historia cuentan las personas y cuentan las instituciones. “Los seres humanos hacen las cosas, pero sólo las instituciones las mantienen”, decía uno de mis maestros. De ahí la importancia que Krauze ha dado siempre a la biografía:

Biografía es literalmente descripción de una vida, de una individualidad. La historia en efecto la hacen las personas. Pero el individuo no es un ente abstracto en la nada, en realidad no puede ser nada sin la vida de los otros, “el único parámetro de referencia sobre la propia vida” (Anna Caballé). “Primero es la sociedad, y luego la soledad”, recordaba brillantemente otro gran maestro (Nicolás Ramiro Rico). Krauze es un maestro en la vertebración de la historia —una historia polifónica— alrededor de las personas, facilitando la comparación en el contexto cultural y material en el que se mueven. Su reivindicación continuada del género biográfico como uno de los métodos de investigación y de la escritura histórica más fructífero —como se demuestra en sus obras— no nos podía unir más a nuestra Real Academia de la Historia, con nuestro gran Dicciona-



PREMIO ÓRdenes ESPAÑOLAS

rio Biográfico electrónico del mundo hispánico, en el que figuran las personas que hacen la historia, día a día, altos y bajos, poderosos y ciudadanos del común, guerreros y gobernantes, víctimas y verdugos, todos aquellos que han aportado o dejado huella —buena o mala— en la historia de nuestra comunidad hispánica y su proyección en el mundo..

Democracia y valores liberales

Tanto en sus obras biográficas como en los demás textos históricos, hay una preocupación central alrededor de las personas concretas y su inserción vital y ciudadana en las estructuras políticas y sociales que conforman una comunidad nacional. Hay vasos comunicantes entre la historia y el tejer y destejer en nuestra cultura occidental de la democracia como forma política y social de convivencia, inventada por los griegos. Democracia y ley, son los términos inseparables. Sin el imperio de la ley, la democracia —la participación en el gobierno, en la “cosa pública”, de los ciudadanos libres e iguales— se convierte y degenera rápidamente en demagogia. Es decir, en una práctica política en la que naufraga la libertad de los ciudadanos y el llamado pueblo se convierte en masa atraída por los políticos “mediante concesiones y halagos a los sentimientos elementales” (DRAE) para conservar el poder por encima de las leyes. Es la falacia de la ley frente a la “voluntad del pueblo”. Pero, como bien sabemos por la experiencia histórica —y muy especialmente a partir del siglo XX— esa falacia acaba destruyendo las libertades y los pueblos. El espíritu del mito de la “voluntad general” roussoniana se alza contra la racionalidad de un orden jurídico que puede ser objeto de cambio o modificaciones, pero siempre desde el marco de las propias leyes que formaron el acuerdo original de vivir juntos sin violencia ni imperativos fuera de la ley. La legalidad queda arrasada por falsos mitos sobre una legitimidad que salta por encima de las leyes fundamentales. Krauze recuerda una y otra vez que “donde no hay ley, no existe la comunidad de ciudadanos libres que se autogobiernan”. El imperio de la ley supone no solo un orden jurídico, al que se llega por el debate y la concordia que ya explicitó para siempre Aristóteles, sino que es también una aspiración y una práctica que responde a una idea ético-política acerca de cómo los hombres libres deben gobernarse. En definitiva, como nos enseñaron los clásicos, ser libre significa no estar sujeto a la voluntad arbitraria —e incluso irracional o sentimental o infantilizada de otro, ya sea un tirano o una multitud.



Me gustaría añadir, como breve apunte, que ese es uno de los grandes logros de la civilización occidental y ha costado siglos, pero es un principio arraigado desde la formación de los Estados nacionales alrededor de las Monarquías y desde luego de la gran Monarquía Hispánica. Pensemos en Vitoria y en esa gran arquitectura escolástica, en la Escuela de Salamanca y en el paso secularizador de los derechos naturales al racionalismo iusnaturalista. Y recordemos la definición de “soberanía” que en algunos lugares de Occidente pudo ser más o menos “despótica” en ciertos momentos, pero que siempre diferenció —recuerden a Bodino— entre absolutismo (con una pirámide de poderes intermedios, en los que además de valores religiosos y morales, entraban las leyes del reino y la familia y sus propiedades) de la tiranía o de un caudillismo sin ley. La democracia, señala Krauze, comienza por nuestra imagen del pasado, la gran sedimentación histórica que, no linealmente ni predestinada, sino a través de zig-zags y avances y retrocesos, nos ha conducido hasta aquí. La comprensión histórica, compleja y nunca acabada, nos es necesaria para sobrevivir en libertad. Historiador y testigo lúcido de nuestro tiempo, el tiempo de la democracia (esa eterna “tela de Penélope” que decía don Fco. R. Adrados, y que hay que cuidar, sabiendo siempre que no es un fin sino un procedimiento, un medio —el menos malo— que han encontrado los seres humanos para convivir en paz) es también un tiempo de resurgimientos del populismo y caudillismo en pleno siglo XXI. Krauze resume: “con las leyes, contra los caudillos”. Aunque la historia no se repite, nunca es lo mismo; lo que sí se repite —nos recuerda— son nuestros errores, la ceguera de los seres humanos, la pulsión autodestructiva-





PREMIO ÓRdenes ESPAÑOLAS

va. Aprender de esos errores día a día, combatirlos y, para no repetirlos, estudiar el pasado en todas sus perplejidades y facetas y contradicciones. Marx dijo que sí se repetía a veces, pero —lo recordarán— la primera vez como tragedia y la segunda ya como farsa. Lo malo es que siempre es tragedia, porque los muertos son siempre otros, debemos recordar.

Los pueblos, escribe Krauze siguiendo a uno de sus maestros Robert Morse (que, junto con otros, como don Silvio Zavala y otros que mi franja generacional pudo leer y conocer y recibir, en medio de la dictadura, lecciones liberales inolvidables), los pueblos —decía Krauze— no aprenden en cabeza ajena, lo malo es que tampoco aprenden en la propia. Hay una necesidad de humor y distanciamiento (nos dice también Krauze), porque “los dictadores son adictivos”. Una vez que se agarran al poder, no hay límite. Hay un ensayo en este sentido que no tiene desperdicio “Calígula en Twitter” (recorrido sobre Chaves, Trump, etc.), en el que el humor y el distanciamiento sereno hace resaltar lúcidamente esa especie de omnipotencia del dictador, con un lenguaje narcisista, mentiras, paraísos prometidos que se convierten en campos de concentración, todo ello presidido por un IRRESPETO AL IMPERIO DE LA LEY.

Contra el populismo

Precisamente, esas biografías y estudios históricos que encontramos en la obra de nuestro premiado, en las que repasa clásicos filosóficos y políticos, tanto de épocas antiguas como modernas, y su preocupación en toda su trayectoria, como hemos visto, por la difusión no solo de la Historia, sino de las ciencias, del arte, de distintas esferas de la cultura, es una apuesta contra la irracionalidad y la ignorancia. Algo que le sitúa en la estela de pensadores liberales de la lucidez de Aron, de Isaiah Berlin, de Gerard Holton (el gran científico de Física e Historia de la Ciencia), que con cinco años logró escapar de Alemania y formar parte de ese siete por ciento de niños judíos —de un total de 1,6 millones— que sobrevivieron al Holocausto; y desde su cátedra de Harvard y larga vida ha luchado valiente e inteligentemente contra todo totalitarismo y ha apostado por la racionalidad científica y la libertad frente a los nacionalismos, negacionismos y falsedades que hacen perder el sentido de la realidad). Es la estela —decía— de científicos y humanistas (no es baladí que



Krauze sea ingeniero y humanista a la vez) que nos muestran, además, las coincidencias de las ciencias experimentales, como la neurología por ejemplo, con los valores morales y éticos transmitidos desde los griegos y los ilustrados, que avisaban lúcidamente de la necesidad de limitar el poder con las herramientas de división de poderes, el imperio de la ley, etc., para evitar el grave peligro de los políticos que tienden a perder el sentido de la realidad y caer en la desmesura. Como sentía Rousseau en él mismo, lo que anhelaba (y con él todos los dictadores y mesías totalitarios) entre otras cosas es “ser invisible como un dios, con el anillo de Giges, entrar así en todas las casas, someter a los humanos y unificarlos en una felicidad pública que satisfaría a todos”. Una aspiración totalitaria que solo con la fuerza sin ley ha sido conseguida.

Krauze ha trabajado a lo largo de casi cinco décadas en defensa de la democracia y de los valores liberales y ha denunciado a las dictaduras de toda índole, los fanatismos de la identidad, el populismo y el autoritarismo, como nos señalaban literalmente las autoridades académicas mexicanas que le presentaron a este premio.

En el prefacio de su libro ya citado *El pueblo y yo*, hay una conmovedora, y austera al tiempo, reflexión sobre esa actitud personal contra todo fanatismo, contra los caudillos y dictadores ebrios de poder, que siempre ha combatido con valentía y riesgo y ello le ha ocasionado persecuciones políticas y situaciones difíciles. Dice así, no sin cierta e inteligente ironía: “Supongo que mi repudio al poder absoluto es una condición prenatal. Nací en 1947, en México, en el seno de una familia judía mermada (como casi todas) por la barbarie nazi. En mi adolescencia, mi abuelo paterno —horrorizado ante las cenizas de su propio sueño de juventud— me desengañó del socialismo revolucionario; asesinatos masivos, hambrunas provocadas, juicios sumarios, el GULAG”.

Enrique Krauze ha sabido rodearse de grandes maestros y de excelentes discípulos. Su esposa aquí presente, querida Andrea, también excelente historiadora e hija de otro gran historiador de referencia, José Luis Martínez, autor de una biografía indispensable de Hernán Cortés, publicada por el Fondo de Cultura Económica, que ha sido libro de cabecera sobre el tema aquí en España para los especialistas de la conquista o encuentro de culturas. Para no alargarme más de lo debido, no he mencionado la espléndida intervención de



PREMIO ÓRdenes ESPAÑOLAS

Enrique Krauze hace dos años en el ciclo de la Real Academia de la Historia, publicado a finales de 2020, con la ayuda y patrocinio de nuestro Ministerio de Cultura y la ACE. Su “biografía de la fama” del gran personaje histórico es compendio de una escritura en la que se aúna el rigor y la comprensión histórica de un contexto complejo y difícil. Una historia en la que los historiadores toman la palabra, contra la politización o la falsedad de los hechos, contra un “presentismo” que anacrónicamente proyecta los valores actuales sobre un pasado lejano, contra juicios maniqueos: “No debemos erigirnos en inquisidores del pasado —declaraba Krauze—. La historia no es un tribunal”. En efecto, también como siempre lo aprendí de mis maestros liberales: los historiadores —decía Maravall Casesnoves o Díez del Corral o Valdeavellano— no son nunca jueces en el Valle de Josafat, sino investigadores de los hechos ocurridos que saben mirar y describirlos con verdad, rigor y lo que los clásicos recomendaban respecto a la naturaleza y condición humana: con la pietas, la piedad clásica, ese saber ponerse en el lugar del otro y comprender y aprender a no repetir sus errores o al menos intentarlo.

Los dos países México y España poseen una larga historia común de cinco siglos, como Krauze historiador ha mantenido siempre y nos hablará de ello ahora. Y este año 2021, a 500 años de la conquista, es una buena fecha para “ofrecer —decía él mismo— una visión independiente del pasado mexicano”. Independiente de la política, independiente de los mitos —ese “mito negro de Cortés” que decía Octavio Paz que era hora de dejar atrás—, independiente de lo que no sea rigor histórico y encuentro después de cinco siglos complejos y difíciles que hemos recorridos juntos. He dejado sin mencionar las muchas distinciones y honores nacionales e internacionales, pero sí quería recordar —además de ser Premio Nacional de Historia de México y del Colegio Nacional de México (1989 y 2005)—, las españolas principales: la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio (2003) y la Gran Cruz de la Real Orden de Isabel la Católica (2008), a las que se suma el reconocimiento de su labor histórica con este Premio de excelencia de las Órdenes Españolas. Mi enhorabuena más afectuosa, querido Enrique.

Muchas gracias, Señor, otra vez por todo lo que sois y significáis para todos nosotros, Vuestra Presencia es siempre un privilegio y una alegría.

Muchas gracias a todos.



Discurso

Excmo. Sr. D. Enrique Krauze



“MAJESTAD,

Autoridades,

Caballeros de las Órdenes,

Señoras, Señores,

amigos todos:

Señor:

Una sola palabra resume mi emoción ante este acto: gratitud. Gratitud a Vuestra Majestad por su presencia. Gratitud a Don Pedro de Borbón, presidente del Real Consejo de Órdenes, al Real Consejo, y a los miembros

del Jurado por su generosidad al otorgarme el Premio de Historia Órdenes Españolas. Y gratitud a Carmen Iglesias, la eminente historiadora, por sus conceptos sobre mis trabajos y mis días.

Para un historiador mexicano que tiene tantos vínculos de afecto con España, recibirlo en este año de 2021 conlleva, además de un altísimo honor, la responsabilidad de recordar el quinto centenario de la Conquista de México. La asumo porque creo en la honda significación de esa historia. Pero, justamente porque creo en ella, no me circunscribiré a los hechos de guerra que culminaron en la caída de México-Tenochtitlan el 13 de agosto de 1521, sino a los cinco siglos que los sucedieron. Así, la historia puede reafirmar la concordia que impera, desde hace mucho tiempo, entre los pueblos de México y España.



PREMIO ÓRdenes ESPAÑOLAS

Conmemorar es hacer memoria juntos. Quisiera entonces comenzar por recordar a la gran civilización conquistada. Cubría una inmensa superficie en cuyas urbes magníficas convergían los más diversos oficios y las artes más refinadas. Aquel orden garantizaba el abasto de agua, víveres y materias primas, y contaba con una extensiva y minuciosa organización de la fuerza de trabajo. Había valores éticos y estéticos en esas naciones, y había también, aunque incomprensible para nosotros, una religión que daba sentido a sus vidas. No era la arcadia que pinta la historiografía indigenista, pero tampoco el infierno de su contraparte hispanista. Era un continente perdido en la geografía y la historia, una zona no solo remota sino ajena a Europa, África y Asia, que llevaban siglos de conocerse. Quizá en esa condición insular estuvo el origen de su tragedia, que no terminó con la derrota de los mexicas y los reinos circundantes. El benemérito franciscano fray Toribio de Benavente —a quien los indios, que lo veneraban, apodaron Motolinía, “el pobrecito”— incluyó a las encomiendas, tributos y la temporal esclavización de los indios entre las diez plagas que los afligieron en las primeras décadas posteriores a la Conquista además de las diversas epidemias que, solo ahora, por sufrirlas en carne propia, tenemos la posibilidad de imaginar.

Estos, me parece, son hechos incontrovertibles, pero la historia no es un tribunal, y el deber del historiador —sobre todo ante un drama a tal grado remoto— no es juzgar sino ante todo documentar, explicar y comprender. En el primer ámbito, el avance ha sido continuo y notable. A las fuentes originales, tanto españolas (cartas, crónicas, historias) como indígenas (pictografías, anales, mapas, documentación legal o cotidiana), se fueron sumando hallazgos, ediciones críticas, interpretaciones novedosas. En mi libro *La presencia del pasado*, intenté poner en paralelo la genealogía biográfica de la historiografía española (desde las Cartas de Cortés y las historias de Francisco López de Gómara y Bernal Díaz del Castillo hasta la obra de Antonio de Solís) con la genealogía historiográfica que recoge la vida y “visión de los vencidos”, como la llamó el maestro Miguel León Portilla. Esta última genealogía comienza inmediatamente después de la Conquista y en ella se hermanan cronistas indígenas, frailes españoles, científicos criollos, sabios europeos, historiadores novohispanos y mexicanos: Domingo de San Antón Chimalpáhin, Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, Bernardino de Sahagún, Diego Durán, Jerónimo de Mendieta, Juan de Torquemada, Carlos de Sigüenza y Góngora, Lorenzo Boturini, Francisco Javier Clavijero, Carlos María de Bustamante, José Fernando Ramírez, Ángel María Garibay y



el propio Miguel León-Portilla. Todos ellos nos han dado un vislumbre de aquella civilización cuyos registros históricos y culturales habían sido, en buena medida, destruidos.

No menos notable ha sido el progreso en la tarea de trazar las causas de los hechos. Nadie abraza ya la explicación providencialista de los vencedores o la fatalista que se atribuye a los vencidos. Gracias a la obra extraordinaria de Hugh Thomas conocemos mejor el perfil de los compañeros de Cortés y podemos ponderar factores determinantes en el desenlace, como los contrastes en la tecnología y hasta la concepción misma de la guerra. Una reciente escuela de interpretación ha puesto el énfasis en la constelación de pueblos indígenas, no solo como aliados de los conquistadores (que lo fueron, decisivos) sino como conquistadores ellos mismos, como agentes de su propio destino.

Algunos historiadores pensamos que tan importante como discurrir las causas de los hechos es acercarnos a su sentido. Y es ahí, en la comprensión, donde persiste el mayor enigma. ¿Qué leyeron uno en el otro, Moctezuma y Cortés? ¿Cómo interpretar la aparente pasividad de Moctezuma? ¿Cómo entender el ímpetu histórico de Cortés? ¿Qué papel jugó doña Marina, la famosa Malinche, que traducía de un idioma a otro esas lecturas distantes? La gran biografía de Hernán Cortés escrita por José Luis Martínez nos acerca al Cortés histórico, no al mitológico. Pero la perplejidad no cede. Por eso los historiadores debemos convocar a los poetas. Ellos comprenden mejor.

Hace exactamente un siglo, año del cuarto centenario que sería también el de su prematura muerte, Ramón López Velarde, uno de los más eminentes poetas mexicanos, invocaba en un célebre poema a Cuauhtémoc, el último y valeroso emperador mexica, con estas palabras:

Joven abuelo, escúchame loarte,
único héroe a la altura del arte.

El poema, titulado “La suave Patria”, alude al sufrimiento de Cuauhtémoc y de su pueblo con imágenes que resumen volúmenes de información: se refiere al “azoro de sus crías”, al “sollozar de sus mitologías”. Pero enseguida, hablando al héroe, introduce unas líneas, luminosas como un amanecer:



PREMIO ÓRdenes ESPAÑOLAS

Anacrónicamente, absurdamente,
a tu nopal inclínase el rosal;
al idioma del blanco, tú lo imantas
y es surtidor de católica fuente
que de respuestas llena el victorial
zócalo de cenizas de tus plantas.

Las tres imágenes —la flor europea saludando a la planta americana, el canto náhuatl que enriquece a la lengua española, la tortura de aquel tlatoani como una prefiguración cristiana— anticipan la visión del precioso ensayo titulado “Novedad de la Patria” en el que López Velarde define a la patria mexicana en seis palabras que doblan la página de la Conquista y abren la página de nuestra historia compartida:

Castellana y morisca, rayada de azteca

¿Qué fue Nueva España y qué ha sido México? Un crisol. No un mosaico ni una tela desgarrada: un crisol. Una construcción cultural que, como las catedrales, llevó siglos edificar. Si entendemos la cultura como un conjunto de valores, podemos confirmar que aquellas culturas enfrentadas no eran tan distintas. Mi maestro Luis González y González decía que el “linaje de la cultura mexicana” es una mezcla de esos valores, en la que a menudo los conquistadores resultaron conquistados y los conquistados, conquistadores.

Pueblos estoicos de la guerra y la fe, en ambos descollaban los artistas en campos similares: escultura, pintura, orfebrería, poesía, urbanismo. Junto a esas secretas convergencias, una nueva cultura comenzó a forjarse de la manera más natural, por la vía de los sentidos y el amor. Así nació el mestizaje, que algunos niegan, demeritan o relativizan, y que sin duda no fue el mismo en todo el territorio, pero que yo considero el mejor legado de Nueva España a México. Su realidad es evidente en la vida cotidiana. En la dieta, predominó la influencia indígena; en la medicina y la herbolaria, confluyeron ambas culturas; y en la lengua, a despecho del predominio del español, idioma en el cual los mexicanos escriben poesía desde antes del Siglo de Oro, la babel de lenguas indígenas sobrevivió e impregnó al castellano con una variedad de mexicanismos, tonalidades, acentos.



En el plano intelectual y moral, el mestizaje es deudor de las nociones de libertad natural e igualdad cristiana que —como lo explicó don Silvio Zavala y más recientemente, de manera insuperable, John H. Elliott— distinguen la conquista española, sobre todo en México, de otras conquistas transatlánticas. En esas nociones cardinales se fincaron las leyes y las instituciones novohispanas, desde el Hospital de Jesús fundado por Cortés después de la Conquista (y que aún subsiste) hasta los Juzgados de Indios que operaron hasta principios del siglo XIX. En esa historia moral que unió a españoles y mexicanos, hubo otros héroes “a la altura del arte”: los padres fundadores de la evangelización mexicana, arraigada sobre todo en la mujer. Me conmueve recordar aquí al menos a uno de ellos: Vasco de Quiroga, “Tata Vasco” como lo llamaban los indios de su tiempo y lo siguen llamando ahora. Aquel juez de la Real Audiencia de México fundó junto al lago de Pátzcuaro, en el occidente del país, la única utopía inspirada en Tomás Moro que resultó exitosa, tan exitosa que sigue ahí, maltrecha, acosada pero viva, a casi quinientos años de su fundación.

Pero ningún prodigio del crisol mexicano se compara con la Virgen de Guadalupe, cuya creación, humana o divina, estudiaron admirablemente Joaquín García Icazbalceta, Edmundo O’Gorman y David Brading. Un liberal jacobino del siglo XIX, Ignacio Manuel Altamirano, indígena puro y gran editor, escribió: “... tratándose de la virgen de Guadalupe, todos los partidos están acordes y en último extremo, en los casos desesperados, el culto a la Virgen mexicana es el único vínculo que los une”. Solo ahora, en el convulsionado México de nuestro tiempo, ese vínculo parece debilitarse, pero no se romperá. Así de extraordinaria ha sido su pervivencia.

Estos, me parece, son también hechos incontrovertibles de nuestra historia compartida. El crisol se hizo más creativo en la etapa barroca, esa larga y serena “siesta colonial” que erigió joyas arquitectónicas y labró retablos deslumbrantes, que construyó puentes, puertos, escuelas y ciudades, que inventó la cornucopia de la cocina mexicana e incorporó en su cultura muchos elementos del Lejano Oriente desde donde llegaba la Nao de China, convirtiendo a Nueva España en el centro de la primera globalización. Esa fue su gloria, pero es claro también que Nueva España, siguiendo la pauta de España, vivía un tanto en los márgenes de un entorno europeo orientado hacia la racionalidad científica y la libertad de conciencia, una mentalidad a la que el espíritu más alto que produjo Nueva



PREMIO ÓRdenes ESPAÑOLAS

España, sor Juana Inés de la Cruz, accedió en su poema *Primero sueño*. Octavio Paz, en su magistral biografía, vio en ella el emblema de la tensión específica de México, que fue también la del propio Paz: ambos vivieron y escribieron entre la nostálgica comunión del pasado virreinal y el llamado inaplazable del futuro liberal.

Ese futuro tocó a la puerta en el breve siglo de las luces, período expansivo y floreciente para algunos, empobrecedor (como vio Humboldt) para otros, cuyas reformas, como se sabe, incidieron en nuestra guerra de independencia cuya consumación en 1821 pareció el momento propicio para que el tronco español y la rama mexicana se reconocieran como entidades libres, autónomas y fraternas. Ocurrió muy tardíamente, y en México la querrela continuó, ya no con España sino con el legado de España en las entrañas de México.

Una vez más, unos versos de López Velarde resumen la historia del siglo XIX, siglo de caudillos y de luchas fratricidas, tan similares a las españolas:

Católicos de Pedro el Ermitaño
y jacobinos de época terciaria.
(Y se odian los unos a los otros
con buena fe.)

Ese odio les impidió dialogar. Y el efecto de esa discordia sobre el conocimiento histórico fue desastroso no solo porque ambos bandos —el liberal y el conservador— tendieron a olvidar el pasado indígena sino porque unos y otros usaban la historia como instrumento de poder, no de saber. Toda la explicación del bando conservador consistía en culpar de los males de la nación a las modas de un siglo sin fe. Y toda la explicación del bando liberal (admirable, por otros motivos) se reducía a culpar a la Conquista y la era virreinal de los males de la nueva nación. Pero siempre hubo historiadores que afanosamente trabajaron en rescatar el cuerpo documental de los siglos anteriores, prehispánicos y virreinales, y escribieron obras que son ejemplo de equilibrio y honradez.

Y por fortuna, no todo fue discordia en el siglo XIX. En la invasión de potencias europeas a México del año 1861, el general Juan Prim, que comandaba la flota española,



decidió retirar a sus tropas. Y a fin de siglo, al estallar la Guerra del 98, España descubrió que no estaba sola. A su defensa salieron las voces hispanoamericanas, como la de Rubén Darío que advirtió a Theodore Roosevelt con palabras que resonarían durante todo el siglo XX:

Tened cuidado. ¡Vive la América española!
Hay mil cachorros sueltos del León Español.

Y en México, el historiador y educador liberal Justo Sierra recibió en 1910 a su par, don Rafael Altamira, para sellar la definitiva reconciliación: el tronco unido a la rama, la rama al tronco.

La Revolución mexicana, con su natural impulso indigenista, reabrió las viejas heridas. Diego Rivera plasmó una visión idílica del mundo prehispánico y un Cortés deforme y sifilítico. La floración cromática de esos murales ocultaba su daltonismo ideológico. Pero ni siquiera Rivera, en sus pinturas, pudo negar la labor de los misioneros. Y muy pronto, la Guerra Civil española extrajo lo mejor de la reserva moral mexicana y la orientó, una vez más, como en el 98, hacia España.

Quienes nos dedicamos al cultivo de las humanidades somos deudores de los maestros del exilio español. En esta historia que nos une, quiero compartir un dato poco conocido. Aquel exilio no fue obra del azar. Alguien tuvo la idea. Alguien, en fecha temprana, instó al presidente Lázaro Cárdenas a invitar a México a un “puñado de españoles de primera fila, valores científicos, literarios, artísticos y, por añadidura, de ejemplar calidad moral”. Hace cuarenta años, al escribir la biografía de mi maestro Daniel Cosío Villegas, descubrí que ese alguien había sido él. Me emociona recordarlo. Historiador liberal, ensayista de temas latinoamericanos, crítico del poder, don Daniel, como le decíamos, fue el creador del Fondo de Cultura Económica y el fundador de la Casa de España en México, que se convirtió en El Colegio de México. Por el puente que tendió llegaron historiadores, filósofos, sociólogos, juristas, escritores, musicólogos, antropólogos, editores, traductores, poetas, novelistas, cineastas, guionistas, artistas, científicos, médicos. En esa Casa de España en México, los recibió Alfonso Reyes, quien tanto debe a la tertulia literaria de Madrid, a quien tanto deben los estudios gongorinos. En esa Casa de España en México, don Silvio



PREMIO ÓRdenes ESPAÑOLAS

Zavala dio comienzo al estudio profesional de la Conquista y el período virreinal. Su esfuerzo fue paralelo al de grandes hispanistas estadounidenses y franceses de su generación (Woodrow Borah, Howard Cline, Robert Ricard, François Chevalier), y la obra de todos ellos encontró eco en generaciones de historiadores mexicanos y españoles que enriquecen, hasta nuestros días, el conocimiento de aquellos tres siglos fundacionales.

Es imposible cerrar los ojos a la huella de México en España y a la huella de España en México. Y no solo en la cultura. Generación tras generación, oleadas de jóvenes asturianos, gallegos, catalanes, andaluces, vascos, españoles de todas las regiones, llegaban a “hacer la América” y fundaron empresas de toda índole, que perduran y florecen. Y hace poco menos de cincuenta años, quienes soñábamos con la posibilidad de implantar en México una democracia sin adjetivos, vimos a España como nuestro ejemplo e inspiración.





Todos los historiadores que aparecen en mi apresurado mural biográfico son los verdaderos beneficiarios de este Premio de Historia Órdenes Españolas. Por eso los he evocado. Mis modestas incursiones en la historia de la Conquista y los tiempos virreinales son escolios a esa obra colectiva. Mis obras históricas y biográficas sobre la cultura, el poder y las ideas en los siglos XIX y XX en México, fueron inspiradas por mis maestros. El vivo interés —y la angustia— que me provoca el destino de Iberoamérica es deber que ellos me encomendaron. Mis ensayos aspiran a que en esa patria grande, igual que en España, imperen la democracia, la ley y la libertad sobre los fanatismos de la identidad. Los puentes culturales y literarios que he querido tender con España, mi revista y mis escritos, son solo una pequeña réplica de los que ellos tendieron.

Agradezco de todo corazón al Consejo este honroso reconocimiento, y hago votos para que siempre, por sobre los designios del poder, impere la vocación del saber. Que nunca más el odio impida el diálogo. Así la historia podrá cumplir con su más alta misión, la de ser camino de comprensión y de concordia.



*Esta Memoria se terminó de imprimir
en la villa de Madrid
el día 12 de Octubre de 2021
festividad de
Nuestra Señora, la Virgen del Pilar*



*De la presente edición del
"Premio de Historia Órdenes Españolas",
Tercera Edición
se han impreso doscientos cincuenta ejemplares,
numerados en arábigo del 1 al 250.*

Ejemplar





